

siente uno acometido de vértigo, y, riendo y todo, experimenta demasiada compasión para reír de buena gana.

«El sitio en que Tobias Veck se apostaba en invierno, era un sitio ventilado que amorataba las narices, que enrojecía los ojos, que ponía carne de gallina, que helaba los dedos de los pies, que hacía dar diente con diente; y Tobias Veck lo sabía de sobra. El viento llegaba arremolinado á la esquina, —principalmente el viento del Este,—como si hubiese partido de los confines del mundo para caer sobre Tobias. Y cualquiera hubiese creído á menudo que caía sobre él antes de lo que había pensado, porque, después de volver la esquina de un brinco, dejando atrás á Tobias, tornaba de repente girando, como si gritase: «¡Calla! ¡si está ahí!» Al punto se empingorotaba el delantal por encima de la cabeza, como la vestimenta de un chiquillo travieso, y se veía luchar y agitarse inútilmente en su mano el débil bastoncillo; las piernas experimentaban tremendas sacudidas, y el propio Tobias, hecho un arco, defendiéndose tan pronto por un lado como por otro, se veía tan azotado y golpeado, y molido, y sacudido, y zarandeado, y atropellado, y levantado del suelo, que era casi un milagro que no volase en carne y hueso por los aires, como ocurre á veces con una colonia de ranas ó de babosas ú otras criaturas portátiles, para caer después como llovido, con gran asombro de los indigenas, en algún rincón apartado del mundo donde fuesen desconocidos los mozos de cuerda (1).»

El que ahora quiera abrazar de una ojeada esa imaginación tan lúcida, tan impetuosa, tan porfiadamente

(1) *Repiques*, pág. 7.

fija en el objeto que escoge, tan profundamente afectada por las cosas pequeñas, tan exclusivamente apegada á los pormenores y á los sentimientos de la vida vulgar, tan fecunda en emociones incesantes, tan potente para despertar la compasión dolorosa, la burla sarcástica y la alegría nerviosa, no tiene más que figurarse una calle de Londres en una lluviosa noche de invierno. La luz llameante del gas quema los ojos, brota al través de los cristales de las tiendas, cae sobre las caras que pasan, y aquella claridad cruda, hundiéndose en las facciones contraídas, pone de relieve, con infinitos detalles y una energía que hierre, sus arrugas, sus deformidades, su atormentada expresión. Si entre aquella muchedumbre apiñada y enlodada, descubris el fresco semblante de una joven, aquella luz artificial le recarga de tonos violentos y falsos, haciendo que se destaque sobre la sombra lluviosa y fría con una aureola extraña. El espíritu se sobrecoge de asombro, pero el espectador se lleva la mano á los ojos para tapárselos; y, sin dejar de admirar la fuerza de esa luz, piensa involuntariamente en el verdadero sol del campo y en la serena belleza del día.

## § 2.—EL PÚBLICO

Plantad ese talento en tierra inglesa; la opinión literaria del país dirigirá su crecimiento y explicará sus frutos. Porque esa opinión pública es su opinión privada; no la sufre como una imposición exterior, la siente en sí como una convicción íntima; no le ata, sino que, antes bien, le desenvuelve, y no hace más que repetirle alto lo que se dice por lo bajo.

He aquí los consejos de ese gusto público, tanto más poderosos cuanto que concuerdan con su inclinación natural, y le impulsan en su propio sentido.

«Sé moral. Es menester que todas tus novelas puedan ser leídas por las jóvenes. Nosotros somos espíritus prácticos, y no queremos que la literatura corrompa la vida práctica. Profesamos la religión de la familia, y no queremos que la literatura pinte las pasiones que atacan la vida de familia. Somos protestantes, y conservamos algo de la severidad de nuestros padres contra la alegría y las pasiones. La peor de éstas es el amor. Guárdate de asemejarte en este punto á la más ilustre de nuestras vecinas. El amor es el héroe de todas las novelas de Jorge Sand. Casado ó no, poco importa; á ella le parece bello, santo y sublime por sí mismo, y lo dice. No lo creas, y, si lo crees, no lo digas. Es un mal ejemplo. El amor, así presentado, se antepone al matrimonio. Conduce á él ó le disuelve, según las circunstancias; pero, de todos modos, le trata como inferior; no le concede más santidad que la que él le presta, y le juzga impío si se encuentra excluido de él. La novela, así concebida, es un alegato en favor del corazón, de la imaginación, del entusiasmo y de la naturaleza; pero es muchas veces un alegato contra la sociedad y contra la ley, y nosotros no toleramos que se toque, ni de cerca ni de lejos, á la sociedad ni á la ley. Presentar un sentimiento como divino, inclinar ante él todas las instituciones, pasearle al través de una serie de acciones generosas, cantar con una especie de inspiración heroica los combates que empeña y los asaltos que sostiene, enriquecerle con todas las fuerzas de la elocuencia, coronarle con todas las flores de la poesía, es pintar la vida que produce como más bella y más alta que las demás; es asentarle, muy

por encima de todas las pasiones y de todos los deberes, en una región sublime, sobre un trono donde brilla como una luz, como un consuelo, como una esperanza, y atrae hacia sí todos los corazones. Quizá ese mundo es el de los artistas, pero no el del común de los hombres. Quizá es conforme á la naturaleza, pero nosotros subordinamos la naturaleza al interés de la sociedad. Jorge Sand pinta mujeres apasionadas; pintanos mujeres honradas. Jorge Sand inspira el deseo de enamorarse; inspiranos el deseo de casarnos.

»Esto tiene sus inconvenientes, es verdad; si en ello gana el público, el arte padece; si tus personajes dan mejores ejemplos, tus obras serán de menos valía. No importa. Habrás de resignarte, considerando que eres moral. Tus enamorados serán insípidos, porque el único interés que ofrece su edad es la violencia de la pasión, y tú no puedes pintar la pasión. En *Nicolás Nickleby* presentarás dos jóvenes honrados, semejantes á todos los jóvenes, casándose con dos muchachas honradas, semejantes á todas las muchachas; en *Martin Chuzzlewit* presentarás asimismo dos jóvenes honrados, completamente semejantes á los dos primeros, casándose también con dos muchachas honradas, completamente semejantes á las dos primeras; en *Dombey é hijo* no habrá más que un joven honrado y una muchacha honrada; aparte de eso, ninguna diferencia. Y así sucesivamente. El número de tus matrimonios es asombroso, y bastante para poblar á Inglaterra. Lo más curioso aún es que todos son desinteresados, y que los jóvenes desprecian el dinero con la misma sinceridad que en la Opera Cómica. Insistirás hasta la saciedad sobre la pudorosa turbación de las novias, sobre las lágrimas de las madres, sobre el llanto de toda la concurrencia, sobre las escenas alegres y con-

movedoras de la comida; trazarás una multitud de cuadros de familia, todos enternecedores, y casi tan agradables como pinturas de mamparas. El lector se conmoverá; pensará ver los amores inocentes y el donaire virtuoso de un niño y de una niña de diez años. Le darán ganas de decirles: Vaya, amiguitos, que sigáis tan juiciosos.—Pero quien encontrará mayor interés son las jóvenes, que aprenderán la solicitud, no reñida con el decoro, con que debe hacerles la corte un pretendiente. Si te arriesgas á hablar de una seducción, como en *Copperfield*, no contarás el progreso, el ardor y las embriagueces del amor; no pintarás más que los infortunios, la desesperación y el remordimiento. Si en *Copperfield* y en el *Grillo del Hogar* nos presentas alterada la armonía de un matrimonio, y una mujer de quien se sospecha, te apresurarás á devolver la paz al matrimonio y la inocencia á la mujer, y harás, por su boca, un elogio tan magnífico del matrimonio, que podría servir de modelo á Emilio Augier. Si en los *Tiempos difíciles* la esposa llega hasta el borde de la falta, se detendrá en el borde. Si en *Dombey é hijo* huye del domicilio conyugal, permanecerá pura; no cometerá más que la apariencia de la falta, y tratará á su amante de tal suerte que se desearía ser el marido. Si, por último, en *Copperfield*, cuentas las impresiones y las locuras del amor, te burlarás de ese pobre amor, pintarás sus pequeñeces, parecerás pedir al lector que te disculpe. Jamás te permitirás dejar oír el soplo ardiente, generoso, indisciplinado de la pasión omnipotente; harás de ella un juguete de niños honrados ó una linda joya de matrimonio. Pero el matrimonio te dará compensaciones. Tu genio de observador y tu afición á los pormenores hallarán campo donde ejercitarse en las escenas de la

vida doméstica: pintarás magistralmente el reposo al amor de la lumbre, una plática de familia, niños sobre las rodillas de su madre, un marido que vela á la luz de la lámpara cerca de su mujer dormida, con el corazón lleno de gozo y de ardimiento, porque sabe que trabaja por los suyos. Encontrarás retratos deliciosos ó serios de mujeres: el de Dora, que permanece niña en el matrimonio, y cuyas travesuras, donaires, puerilidades y risas alegran la casa como el gorjeo de un pájaro; el de Ester, sobre cuya perfecta bondad y divina inocencia nada pueden las pruebas ni los años; el de Inés, tan apacible, tan paciente, tan sensata, tan pura, tan digna de respeto, verdadero dechado de esposa, capaz de conquistar por si sola al matrimonio el respeto que pedimos para él. Y cuando al fin haya que demostrar la belleza de esos deberes, la grandeza de esa amistad conyugal, la profundidad del sentimiento que han ahondado diez años de confianza, de atenciones y de abnegación recíprocas, encontrarás en tu sensibilidad, tanto tiempo reprimida, discursos tan patéticos como las palabras más enérgicas del amor (1).

»No son las peores las novelas que le glorifican. Hay que habitar al otro lado del estrecho para atreverse á lo que se han atrevido nuestros vecinos. Entre nosotros hay algunos que admiran á Balzac, pero nadie querría tolerarle. Algunos pretenderán que no es inmoral; pero todo el mundo habrá de convenir en que, siempre y en todo, hace abstracción de la moral. Jorge Sand no ha celebrado más que una pasión; Balzac las ha celebrado todas. Las ha considerado como fuerzas, y, juzgando que la fuerza es bella, las ha apoyado en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

(1) *David Copperfield*, escena del doctor y su mujer.

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1686 MONTERREY, MEXICO

28557

sus causas, las ha rodeado de sus circunstancias, las ha desenvuelto en sus efectos, las ha extremado y agrandado hasta hacer de ellas monstruos sublimes, más sistemáticos y verdaderos que la verdad. Nosotros no pasamos porque un hombre se limite á no ser más que un artista. Nosotros no queremos que se separe de su conciencia y pierda de vista la práctica. Nosotros no nos avendremos nunca á reconocer que tal es el rasgo dominante de nuestro Shakespeare: no admitiremos que, como Balzac, lleve sus héroes al crimen y á la monomanía, y que, como él, habite en el país de la pura lógica y de la pura imaginación. Hemos cambiado mucho desde el siglo XVI, y condenamos hoy lo que en otro tiempo aprobábamos. No queremos que el lector se interese por un avaro, por un ambicioso, por un libertino. Y se interesa por él, cuando el escritor, sin alabar ni censurar, explica el temperamento, la educación, la forma de inteligencia y los hábitos de espíritu que han ahondado en su alma esa inclinación primitiva; hace palpable la necesidad de sus efectos; la sigue al través de todos sus períodos; patentiza el mayor poderío que le prestan la edad y la satisfacción, y expone la caída irresistible que precipita al hombre en la locura ó en la muerte. El lector, subyugado por esa lógica, admira la obra que ha hecho, y no se indigna contra el personaje que ha creado; dice: ¡soberbio avaro!, y no piensa en los males que la avaricia produce. Se hace filósofo y artista, y no se acuerda ya de que es hombre honrado. Acuérdate siempre de que lo eres, y renuncia á las bellezas que pueden florecer sobre ese suelo corrompido.

»Entre éstas, la primera es la grandeza. Hay que interesarse por las pasiones para comprender toda su extensión, para contar todos sus resortes, para descri-

bir todo su curso. Son enfermedades; el que se contente con maldecirlas no las conocerá; si no es fisiólogo, si no se enamora de ellas, si no las toma por héroes, si no se estremece de gozo en presencia de un magnífico rasgo de avaricia como á la vista de un síntoma precioso, no puede desarrollar su vasto sistema ni poner de manifiesto su fatal grandeza. Tú no tendrás ese mérito inmoral, ni cuadra tampoco á la indole de tu genio. Tu extraordinaria sensibilidad y tu propensión á la ironía necesitan satisfacerse; no tienes bastante calma para penetrar hasta el fondo de un carácter; prefieres compadecerte ó burlarte de él; tomas parte en pro ó en contra suya, te tornas su amigo ó su adversario, y le haces aborrecible ó amable; no le pintas; eres demasiado apasionado, y no lo bastante curioso. Por otra parte, la tenacidad de tu imaginación, la violencia y la fijeza con que clavas tu pensamiento en el detalle que quieres recoger, limitan tu conocimiento, te detienen en un rasgo único, te impiden visitar todas las partes de un alma y sondear sus profundidades. Tienes imaginación demasiado viva, pero no bastante vasta. He aquí, pues, los caracteres que has de trazar. Sorprenderás un personaje en una actitud; no verás de él más que esa actitud, y se la impondrás desde el principio hasta el fin. Su semblante tendrá siempre la misma expresión, y esa expresión será casi siempre un gesto. Tendrán una especie de resabio, y no lo perderán nunca. Miss Mercy se reirá á cada palabra; Marcos Tapley pronunciará á cada instante su «*jovialmente*»; mistress Gamp hablará continuamente de Mad. Harris; el doctor Chilip no dará un solo paso que no sea tímido; Mr. Micawber pronunciará durante tres volúmenes el mismo género de frases enfáticas, y pasará quinientas ó seis-

cientas veces de la alegría al dolor, con una brusquedad cómica. Cada uno de tus personajes será un vicio, una virtud, una ridiculez encarnada, y la pasión que le atribuirás será tan frecuente, tan invariable, tan absorbente, que no parecerá ya un hombre vivo, sino una abstracción vestida de hombre. Los franceses tienen un Tartufo como tu Pecksniff; pero la hipocresía que despliega no ha destruido el resto de su ser; si se presta á la comedia por su vicio, pertenece á la humanidad por su naturaleza. Amén de su gesto, tiene un carácter y un temperamento; es recio, fornido, colorado, brutal, sensual; el vigor de su sangre le hace osado; su audacia le hace sereno; su audacia, su serenidad, la prontitud de su decisión y su desprecio de los hombres, hacen de él un gran político. Cuando ha ocupado al público durante cinco actos, todavía ofrece más de una cosa que estudiar al psicólogo y al médico. Tu Pecksniff no ofrecerá nada al médico ni al psicólogo. No servirá más que para instruir y entretener al público. Será una sátira viva de la hipocresía, y nada más. Si le das la afición al aguardiente, será de una manera gratuita; en el temperamento que le atribuyes nada lo exige: se encuentra tan engolfado en la tartufería, en la melosidad, en las frases literarias, en la moralidad tierna, que el resto de su naturaleza ha desaparecido: es una máscara, y no ya un hombre. Pero esa máscara es tan grotesca y tan enérgica, que será útil al público y disminuirá el número de los hipócritas. Ese es nuestro objeto; ese es el tuyo, y tu colección de caracteres producirá el efecto de un libro de sátiras más bien que el de una galería de retratos.

»Por la misma razón, esas sátiras, aunque reunidas, quedarán realmente desligadas, y no formarán un verdadero conjunto. Comenzaste por ensayos, y tus

grandes novelas no son más que ensayos cosidos los unos al lado de los otros. El único medio de componer un todo natural y sólido es hacer la historia de una pasión ó de un carácter: tomarlos en su nacimiento; verlos crecer, alterarse y destruirse; comprender la exigencia interior de su desarrollo. Tú no sigues ese desarrollo; mantienes siempre tu personaje en la misma actitud, es avaro, ó hipócrita, ó bueno hasta el fin, y siempre del mismo modo; no tiene, pues, historia. No puedes hacer más que modificar las circunstancias en que se encuentra; á él no le modificas: permanece inmóvil, y á cada choque que experimenta emite el mismo sonido. La diversidad de los acontecimientos que inventas no es, pues, más que una fantasmagoría entretenida: no tienen lazo, no forman un sistema, no son más que un montón. No escribirás más que vidas, aventuras, memorias, bosquejos, colecciones de escenas, y no sabrás componer una acción. Pero si el gusto literario de tu nación, unido á la dirección natural de tu genio, te impone intenciones morales, y te veda la gran pintura de caracteres y la composición de conjuntos, en cambio ofrece á tu observación, á tu sensibilidad y á tu sátira una serie de figuras originales, peculiarísimas de Inglaterra, que, dibujadas por tu mano, formarán una galería única, y que, juntamente con la imagen de tu genio, ofrecerán la de tu país y de tu tiempo.»

### § 3. — LOS PERSONAJES

Quitad los personajes grotescos que no figuran más que para ocupar puesto y para hacer reír, y veréis que todos los caracteres de Dickens se comprenden en